

la Escuela Normal en 1920, matriculándose luego en la facultad de Derecho de nuestra Universidad hasta obtener la Licenciatura, siendo investido el día 6 de marzo de 1924, cuando sólo contaba veintidós años de edad.

Como abogado, en el ejercicio de su profesión, iba ganando clientela, pero en sus últimos años la había abandonado por las actividades políticas. Dejó inconclusas unas interesantes "Acotaciones al margen del Derecho Comercial" y hacía poco más de un año que había sido designado catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad.

Como poeta se deben a su numen un manojito de bellas composiciones juveniles, las cuales recogió en un bello tomo que tituló *Quietud*. Como periodista formó parte de la extinguida revista *Cromos*, donde publicó algunos fragmentos de una obra que no llegó a terminar: "*Memorias de un Pollo Bien*". Dejó inéditos otros trabajos literarios, tales como "*Lienzos Grises*" y "*El horror de vivir*".

En forma de libro se deben a su fácil pluma, además del tomo de versos mencionado, "*Trujillo, el constructor de una nacionalidad*", biografía galardonada con medalla de oro en un concurso celebrado en 1938 en honor del Excelentísimo Señor Presidente de la República, "*Caminos Cristianos*

de América", en el cual estudia los orígenes del Episcopado Dominicano ó sea de la Isla Española de Santo Domingo, "*Francisco del Rosario Sánchez*" y "*Don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez*"; los dos últimos son folletos.

Desde el 27 de octubre de 1935 formaba parte de la Academia Dominicana de la Historia, como Miembro Correspondiente.

Como político sirvió los siguientes cargos: Subsecretario de Estado de lo Interior y Policía, con cuyo carácter le tocó presidir la Comisión Asesora del Director del Archivo General de la Nación y dirigir los tres primeros números de su Boletín, Ministro Plenipotenciario de la República en el Brasil, Embajador Consejero adscrito a la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, habiéndole sido encomendadas algunas misiones diplomáticas en Venezuela, en México y en los Estados Unidos. Desde los últimos meses del año pasado hasta pocos días antes de su inesperado fallecimiento, ocupó el cargo de director del diario *La Nación*.

El licenciado Gilberto Sánchez Lustrino vió la primera luz en esta ciudad el 16 de febrero del año 1902. Era hijo legítimo de José Sánchez, español, y de Clemencia Lustrino, dominicana.

V. A. D.

Una carta de Francisca Duarte (*)

Caracas Agosto 27 de 1888.

Señorita Ana Eufemia Mejía,
Santo Domingo.

Mi estimada amiguita:

Recibí tu afectuosa y muy grata para mí de fecha 10 del q. cursa, y debo al comenzar tranquilizarla respecto de su hermano y mi muy amigo Feliz, quien, como siempre, viene aquí todos los días, pues vivimos como en familia, y a quien mostré su carta para que viera la incertidumbre en que los tiene. El me contestó que hacía un mes les había escrito a Vd. y su señora madre política, y ha-

cía quince días otra vez a dicha Sra. y a un tío suyo llamado Enrique.

El ha estado y está algo enfermo del cerebro y otras dolencias, pero no ha tomado cama; antes al contrario, parece muy sano, y yo no sabía que está enfermo si a menudo no le oyera quejarse, y no viera asimismo que, a pesar de su natural descuido por su salud, ha tomado con grande empeño

(*) El original de esta carta se conserva en el Archivo General de la Nación. (Papeles del Museo Nacional). La publicamos por ser obra de una de las abnegadas hermanas de Duarte y como un homenaje al recién fenecido académico don Félix Evaristo Mejía, a quien se refiere dicha epístola. A quien va dirigida la carta es a la hermana de don Félix, doña Eufemia Mejía viuda Cambiaso, que falleció recientemente, el 4 de marzo del año actual de 1945. (E. R. D.)

su curación. Dice que esto, junto con las atareos que tuvo para unos exámenes de algunas clases que da, y la displicencia que le produce la misma enfermedad, han sido la causa de que haya estado, no tres, sino, dos meses, sin escribirles. También me dijo que hasta unos retratos suyos les había enviado a la familia. El, que leyó su carta de Vd., le dirá más sobre su enfermedad y motivos de no escribirles, pues así me lo ha prometido.

Nosotras, tanto yo como la hermana que perdí hace poco, Rosa, q. E. P. D., le hemos querido siempre como a un hijo y velamos también por su salud, desde que está aquí. Hoy soy yo sola la que lleno este vacío, y lo hago con tanto gusto como cuando éramos las dos. Agradezco mucho tus muestras de simpatías, y respeto hacía mí, y esté segura de que está correspondida, pues sólb de

mentármelas su hermano Félix les tengo mucho cariño a todos ustedes, los hermanos de él. También aplaudo la nobleza de sentimientos que manifiesta su cariñosa carta. Hace Ud. bien, hija mía, en profesar a sus hermanos ese amor que dice, pues así es más grata a los ojos de Dios, y de su buena madre, que en gloria esté. Expresiones a su Sra. madre política, y muchos cariños a todos los niños. Saludos a su familia en general.

Queda siempre dispuesta a servirles en todo cuanto Uds. le manden.

Su affa. S. Servidora y amiga.

Francisca Duarte.

P. D. Si escribiere otra vez, diríjame la carta a la Guayra, pues me voy allá.—F.

Discursos Históricos

(Colección de Emilio Rodríguez Demorizi)

FERNANDO A. DE MERIÑO

1833-1906

Fué Monseñor de Meriño la figura más atrayente de su tiempo. La hermosura varonil; la gallardía tribunicia; la brillantez de la inteligencia; los gestos de romana arrogancia; la repulsa de todo intento proditorio; todo ello unido a la aureola que le envolvió en el ejercicio de las más altas funciones del Estado, de la Iglesia y de la Escuela, le ennoblecieron de tal suerte que le dieron la singular prestancia de uno de esos egregios personajes que concentran en sí toda la atracción de una época y de un pueblo.

Admiración, amor, respeto. En estas tres palabras se condensa la actitud de sus contemporáneos hacia Meriño, devoción recogida por las generaciones posteriores.

Presidente de la República, Rector del Instituto Profesional, Arzobispo de Santo Domingo, orador, el más brillante en la República, hombre de virtudes, modesto, generoso y de maneras cultas de gran señor, eran calidades suficientes para que

esa devoción dominicana por el noble Mitrado hiciese huella profunda en el corazón de sus conciudadanos. Por ello decía el más grande amigo y protector del Sacerdote, Gregorio Luperón, que "los hombres como Meriño son los que representan siempre la fuerza moral del mundo".

Esa espiritual posición de Meriño, en su país, fué la misma dondequiera que puso el pie; en Puerto Rico y Cuba, en Venezuela (1), en Madrid y en

1) En 1876 el pueblo de Barcelona, Venezuela, le ofreció una medalla de honor, junto con una exposición, en un folleto, con más de 900 firmas de las principales personas de dicha ciudad. La dedicatoria del folleto dice: "Al señor Presbítero Dr. Fernando A. de Meriño. No tanto para significaros a vos mismo la admiración y el afecto que debidamente os profesamos, como para dar público testimonio de vuestro claro ingenio y de vuestras acrisoladas virtudes, os dedicamos esta medalla. Pobre en sí es la ofrenda; pero simbólica de exquisito y perdurable afecto, como que a su formación ha contribuido, óbolo a óbolo, un pueblo que no es rico, sino por sus sacrificios históricos y por la nobleza de sus sentimientos. Aceptadla como expresión de amor, como tributo de admiración, como recuerdo de gratitud. Barcelona (Venezuela) 1º de Enero de 1876".

